



www.loqueleo.com/co

Aquí nadie se salva. Relatos de pueblo

© Del texto: 2025, Gabriel Arango Henao

© De esta edición:

2026, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá-Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7889-07-1

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición: abril de 2026

Arte de cubierta: Carolina Bernal

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Aquí nadie se salva

Relatos de pueblo

Gabriel Arango Henao

loqueleg

*A la Marteja.
Su compinchería me invita
a no temer lo desconocido,
preparándome para el asombro.*

*Al taller de escritores Tintaviva,
mi guarida de amigos para moler
y mecatear letras y sueños literarios.*

*En los pueblos pequeños, la vida corre más lentamente, pero
las historias se esparcen más rápido. Y nunca sabes lo que
descubrirás si te tomas el tiempo de escuchar.*

Mark W. Adams

*Caminar por los pueblos de la mano del silencio es un baile
sereno que se goza con deleite. Cada paso, un susurro,
un latido del momento y el viento es un murmullo
que detiene los sentidos.*

Gabriel Arango H.

La loma de las cometas

*A Quinchía, el cautivador de masas
y el siempre alegre,
a pesar de su estómago vacío.*

Fue un viernes de agosto y, como casi todos los viernes, Pocaluz y yo subimos por esa falda empedrada. Fueron tantas veces que hasta lo hacíamos con los ojos cerrados para adivinar el punto exacto donde íbamos. Y rara vez fallamos: que en la curva de Jesusita, que en las flores de la entrada de doña Mela, que en la manga de Los Morcillas o que en el arenero que se formaba en el quiebrapatas para ingresar a la cancha.

11

¡Quién iba a pensar que era la última vez que subíamos esa loma!

Había buenos vientos pa' cometas y las llevamos con mucho cuidado. Las hicimos en la casa de Óscar. Él nos enseñó y se nos fue toda una tarde, pero fue una bacanería porque les pusimos cola de muchos colores. No como otras, que eran de un solo color.

Aquel viernes nos encontramos en calle Caliente y le sacamos el cuerpo a pasar por el parquecito de la capilla. Es que allá estaba el caspete de Los Morcillas, y un día nos hicieron pegar una carrera cuando no quisimos jugar a las bolas con ellos.

—Si se cagan de miedo, pa' qué cargan bolas, pendejos. Déjenlas aquí entonces —gritaron y nos persiguieron.

Salimos a mil. Como no podían dejar el negocio solo, al ratico se devolvieron. Menos mal. Además, yo hacía mucha fuerza con Pocaluz, porque en esas carreras siempre botaba las gafas. ¡Qué íbamos a jugar con esos tramposos y pelietas! Es que, cuando alguno les quería poner el tatequieto, ahí mismo le ponían la queja a Buche, el hermano mayor, y ese man cascaba al que fuera, no importaba si era más chiquito que él.

Bajamos la calle impulsados por las piedras sueltas hasta que sentimos el fresquito de la quebrada. Ese día no paramos a mirar peces, pasamos rápido el puente y seguimos la carretera para subirla con cuidado porque había unas partes muy resbalosas. Tampoco jugamos a la gallina ciega pa' evitar que en una caída se dañaran las cometas. Nos tocaba pasar por la casa de Los Morcillas porque no había otra ruta, pero a esa hora no estaban.

Tan pronto pasamos la cancha las elevamos en una manga cercana y tomaron muy poca altura. Le bregamos de muchas formas: fuimos a otras mangas buscando más vientos, les soltamos hilo mientras las corretiamos; Pocaluz se paraba en un morrito a sostener la mía pa' yo jalar el hilo con fuerza, hicimos de todo, y nada. “Debe ser que les faltó cola”, dijo Pocaluz ya mamao. En eso gritaron gol desde la cancha. Era Quinchía y su gallada que tampoco fallaban los viernes. Seguramente él había hecho el gol y desde allí me imaginé a todos abrazándolo y brincando. Era un teso para el fútbol y no se la dejaba montar de nadie. Ni de Buche, que

antes le cascaba. Hasta que un día se lo bajó de encima y cada que se encuentran no pierden tiro pa' retarsen.

Nos sentamos en silencio a sentir el sudor chorriando por la cara. Al rato, dos alcaravanes que iban y venían desesperados empezaron a molestar una vaca que quería comerse el pasto verdoso que había cerca del nido. Ahí nos quedamos mirándolos hasta que nos cogió el aburrimiento y nos fuimos entonces a ver jugar fútbol como en otras tardes, porque algunas veces, cuando tenían poca gente, nos metían en uno de los equipos para que hiciéramos bulto, como decían ellos. Esperamos un rato hasta que Quinchía nos hizo señas y entramos a jugar.

Ya estaba tarde, el sol se había ido. Solo veíamos el balón cuando estaba frente a nuestras narices: era la señal pa' regresar.

Cogimos las cometas con cuidado.

—Seguro que el otro viernes las elevamos —le dije a Pocaluz.

Pasaríamos por la casa de Óscar para ajustar las colas. Empezamos a bajar con la gallada de fútbol que iba adelante. Ya casi llegando a Los Morcillas respiramos fuerte apretando el paso porque, cuando empezaba la noche, cerraban el caspete y volvían a su casa.

Y preciso, allí estaban los dos hermanos menores en la manga, frente a su casa. No estaba Buche, el grandote, pero nos gritaron palabrotas y nos asustamos. Entonces caminamos despacito sin mirarlos. En eso se vino el de los cachetes quemaos y se le arrimó a Pocaluz, el barrigón que olía a tripas se me arrimó a mí. ¡Y, claro, lo que suponíamos! Venían

por las cometas y nos las arrebataron. Eso fue de una. Ni siquiera alcanzamos a espabilar. Corrieron con ellas hasta su casa, cerraron la puerta, nos quedamos ahí quietos como estatuas, muertos de la rabia y haciendo fuerza pa' no llorar.

De pronto, Pocaluz se acomodó las gafas, cogió una piedra y la lanzó contra la puerta forrada en latas viejas y oxidadas. Sin darme cuenta hice lo mismo y empezamos a gritarles. Quinchía, que iba adelante, nos escuchó, se devolvió y los otros del grupo lo siguieron.

—Ey, ¿qué pasó, pelaos? —preguntó.

Cuando le contamos, ese man se sacudió la melena y gritó:

—Todos con piedras.

Ahí mismo nos llenamos las manos y atacamos la puerta con toda.

—¡Las cometas, las cometas! —gritamos sin parar.

Yo no lo podía creer. El propio Quinchía defendiéndome. Pocaluz también me abría los ojos y reía mientras seguimos limpiando la calle de piedras pa' tirarle a la puerta.

Varias veces cantamos en coro: “Unaaaa, dooooo, tres”; tomábamos impulso y todos al mismo tiempo, tas, tas, tas, tas. Eso sonaba como truenos anunciando un chaparrón.

—Salí, Buche hijueputa, si sos tan guapo —gritaba Quinchía.

Seguro que no estaba porque habría salido de una. Pero eso no importaba. La lucha era por nuestras cometas. Por-mi-cometa.

El ataque duró un montón de tiempo. Ya no le cabían más hundidos a esa puerta, pero nadie abrió. Resignados,